

...el jefe de tribunas se hizo a un lado

Malcolm Lowry

con la mano puesta sobre su pistolera. Sacó su revólver. Con la mano desocupada hizo señales a los posibles curiosos para que se alejaran. A purito balazo te voy a destripar de pies a cabeza, cabrón pelado —dijo.

—No, en su lugar yo no haría eso —dijo el Cónsul tranquilamente mientras se volvía. Es una Colt 17, ¿verdad? Tira muchas virutas de acero.

El Jefe de Jardineros empujó al Cónsul fuera del alcance de la luz, dio dos pasos adelante y disparó. El relámpago brilló como una oruga geométrica que bajase por el cielo y, tambaleándose, el Cónsul vio por un momento sobre su cabeza la silueta del Popocatépetl empenachado de nieve color esmeralda y bañado de luz. El Jefe volvió a disparar dos veces y las detonaciones fueron espaciadas, deliberadas. El trueno estalló en las montañas y luego muy cerca. Libre ya, el caballo se encabritó, sacudiendo la cabeza, dio media vuelta y relinchando se precipitó en el bosque.

Al principio el Cónsul sintió un extraño alivio. Ahora se percataba de que habían disparado sobre él. Cayó sobre una rodilla y luego, gimiendo, boca abajo, cuan largo era, sobre la hierba. —Dios —observó, plejo— ¡qué manera de morir!

Una campana proclamó:
...¡Doliente... dolore!



Lloviznaba. Sobre su cabeza rondaban formas que le asían de la mano, tal vez tratando de robarle aún lo que llevaba en los bolsillos, o quizás deseosas de ayudarlo, o simplemente curiosas. Sentía que la vida se le escapaba por la herida como un higado rebanado, y que se espacia en la frescura de la hierba. Estaba solo. ¿Dónde estaban todos? ¿O acaso no había ido nadie? Luego un rostro brilló en la penumbra, una máscara compasiva. Era el anciano violinista que se agachaba sobre él. —Compañero... —empezó a decir. Y luego desapareció.

Luego la palabra "pelado" invadió toda su conciencia. Era la palabra con que Hugh describió al ratero, ahora alguien le había lanzado ese mismo insulto. Y fue como si, por un momento, se hubiera convertido en el "pelado", en el ladrón... si, en el ratero de confusas ideas desprovistas de significado de las que había surgido su rechazo de la vida, el ratero que había llevado dos o tres sombreros, sus disfraces, por encima de estas abstracciones: ahora la más real de todas ellas se hallaba cerca. Pero también, alguien le había llamado "compañero", lo cual era mejor, mucho mejor. Eso lo hacía feliz. Acompañaba a estos pensamientos que iban a la deriva por su mente una música que sólo podía escuchar si oía con atención. ¿Era Mozart, por casualidad? La Siciliana. Final del cuarteto en ré menor por Moses. No, era algo fúnebre, tal vez Gluck, de Alceste. Sin embargo, había en aquella música algo que recordaba a Bach. ¿Bach? Un clavicembalo que se oía desde muy lejos, en Inglaterra, en el siglo diecisiete. Inglaterra. Las cuerdas de una guitarra, también, alejándose un poco, se mezclaban al lejano clamor de una cascada y a lo que sonaba como los jadeos del amor.

Estaba en Cachemira, lo sabía, y se hallaba recostado en las praderas cerca de un

arroyo que serpeaba entre violetas y tréboles, el Himalaya allá a lo lejos, por lo que resultaba tanto más sorprendente que estuviese a punto de iniciar el ascenso del Popocatépetl en compañía de Hugh e Yvonne. Ya ellos le llevaban alguna delantera. —¿Puedes cortar bugambilias? —oyó que decía la voz de Hugh, y: —Cuidado —respondió Yvonne—, tiene espinas y debes mirar con cuidado para asegurarte de que no tiene escorpiones. —Nosotros, en México, matamos a los escorpiones —masculló otra voz. Y con esto, desaparecieron Hugh e Yvonne. Sospechaba que no sólo había ascendido al Popocatépetl sino que ahora se encontraban mucho más allá. Solitario, caminaba el Cónsul con dificultad recorriendo afanosamente las laderas, en el rumbo de Amecameca. Con gafas ventiladas para nieve, con alpenstock, guantes y gorro de lana calado hasta las orejas, con puñados de círcuelas, pasas y nueces, con un frasco lleno de arroz que sobresalía de una de las bolsas de su saco, y la información del Hotel Fausto, que se asomaba por la otra, sentíase abrumado por el peso. No podía seguir adelante. Exhausto, desvalido, se desplomaba. Nadie le ayudaría, aunque pudieran hacerlo. Ahora era él quien quería morir a orillas del camino, en donde ningún buen samaritano se detendría. Aunque resultaba sorprendente que resonara en sus oídos ese estallido de risas, de voces: ¡ah!, al fin lo rescalaban. Encontrábase en una ambulancia que aullaba al atravesar por la selva, precipitándose cuesta arriba, dejando atrás los límites de la vegetación, rumbo a la cúspide —y ciertamente era éste un medio de llegar hasta allí— en tanto que aquéllas que le rodeaban eran voces amistosas, la de Jacques y la de Vigil harían concesiones, tranquilizarían a Yvonne y a Hugh en cuanto a él se refería. —No se puede vivir sin amar —dirían, lo cual explicaría todo, y lo repitió en voz alta. ¿Cómo pudo

haber juzgado con tanta dureza al mundo, cuando el auxilio estuvo al alcance de la mano todo el tiempo? Y ahora había llegado a la cumbre. ¡Ah, Yvonne, amor mío, perdóname! Potentes manos lo alzaban. Abriendo los ojos, miró hacia abajo esperando hallar a sus pies la espléndida selva, las cumbres, el Pico de Orizaba, la Malinche, el Cofre de Perote, semejantes a aquellas cimas de su vida, conquistadas una tras otra, antes de lograr con éxito este supremo ascenso, si bien de modo poco convencional. Pero no había nada ni cumbres ni vida ni ascenso. Ni tampoco era ésta su cúspide, una cuspide exactamente: no tenía sustancia, no tenía bases firmes. También esto, fuera lo que fuese, se desmoronaba, se desplomaba mientras que él caía, caía en el interior del volcán, después de todo debió haberlo ascendido, si bien ahora había este ruido de lava insinuante que crepitaba en sus oídos horrosoamente, era una erupción, aunque no, no era el volcán, era el mundo mismo lo que estallaba, estallaba en negros chorros de ciudades lanzadas al espacio, con él, que caía en medio de todo, en el inconcebible estrépito de un millón de tangos, en medio de las llamas en que ardía un millón de cadáveres, caía en un bosque, caía...

De pronto, gritó y fue como si este grito fuera proyectado de árbol en árbol, como si sus ecos regresasen y, luego, como si los árboles se cerraran sobre su cabeza, apinados, se cerrasen sobre su cuerpo compadecidos...

Alguien tiró tras él un perro muerto en la barranca

¿LE GUSTA ESTE JARDÍN QUE ES SUYO?
EVITE QUE SUS HIJOS LO DESTRUYAN!

(Este texto corresponde al final del libro de Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, ediciones ERA.)